

AC 12 34

Fundamentos de filosofía, guión número 12, autor Lourdes Toranzo. Sobre el principio de inmanencia. Sobre el principio de inmanencia.

Hay que decir, para empezar nuestra lección de hoy, que esencial y originariamente, el principio de inmanencia consiste en la negación de la trascendencia del ser respecto de la conciencia. Es decir, conforme a este principio, será lo constitutivo del ser lo inmanente del sí mismo. Y esto ha de aplicarse a la conciencia individual o a la conciencia social, a la conciencia espiritual o a la sensible, a la conciencia estática o a la histórica.

Deja el ser de tener una realidad objetiva, y sea lo que sea lo que por ser se entiende, esto es puesto por la conciencia, es resultado de la conciencia, es efecto de la conciencia, y por consiguiente no la trasciende, sino que queda encerrado en ella o fuera de ella como su producto o efecto. Con lo que llevamos dicho, puede comprenderse que el inmanentismo no es una corriente de pensamiento, sino un sistema o planteamiento que abarca escuelas filosóficas muy diferentes entre sí. Aunque el inmanentismo tuvo un principio en su formulación noseológica, y este principio fue el cogito cartesiano.

De una manera general y superficial, tendríamos que añadir que a veces se afirma que inmanentismo se opone a realismo, afirmación inexacta. Inmanentismo se opone a metafísica del ser, donde lo real se funda en el ser y está constituido por el ser. Ha de verse en qué se fundamenta una filosofía para conocer si es inmanente o trascendente.

Si niega la trascendencia o le pone algún límite, esa filosofía, al menos materialmente, es inmanentista. En este sentido, desde los albores de la filosofía occidental existe inmanentismo. Pero es con Descartes con quien el principio de inmanencia se convierte en principio irrevocable, en método, en origen de sistemas de pensamiento.

A partir de este momento, deja de ser el ens, la condición de acto de todo acto, el principio de toda perfección, y se desplaza a la conciencia, tratando de hacer de ella la acción y perfección suma, tanto del individuo como de la humanidad considerada como absoluto o como objetivación del absoluto. Si tuviéramos que hacer una confrontación entre la filosofía trascendente y la inmanente, tendríamos que asentar algunos postulados. Por ejemplo... El inmanentismo aspira a la perfecta identidad del sí mismo.

La metafísica del ser comienza con el conocimiento del ente y pone el principio de no contradicción al comienzo de sus juicios. El inmanentismo contradice al conocimiento espontáneo e introduce necesariamente un corte con él. La metafísica del ser parte del conocimiento espontáneo del ser real, lo primero conocido.

El inmanentismo es necesariamente refractario a la noción misma de creación divina. La metafísica del ser tiene su punto clave en esa noción. Ser increado, explicación de los seres como criaturas.

El inmanentismo hace inviable el conocimiento analógico, oscilando entre la univocidad total o la simple equivocidad. La metafísica del ser se basa en la analogía del ser. Inmanentismo y metafísica del ser han seguido en su desarrollo histórico un proceso inverso.

El inmanentismo pone en un acto del hombre la raíz de toda o gran parte de la realidad, la naturaleza, la moral, la religión. La metafísica del ser ve en el acto de ser el acto radical y originario de cada ente. Consecuencia del inmanentismo ha sido el progresivo aumento de la conciencia del hombre como valor autónomo, terminando en un humanismo que requiere el ateísmo.

La forma más eficaz y extrema de llevar a cabo en la vida práctica y social el principio de inmanencia ha sido el marxismo, en su pura ortodoxia o en sus diversas revisiones accidentales con respecto a la primacía de la praxis, aunque en la actualidad domine un inmanentismo práctico que consiste en un materialismo historicista absolutamente relativista influido por Heidegger. No han faltado esfuerzos por volver a reconstruir una metafísica del ser desde el ámbito de la inmanencia, tratando de compaginar ambas posiciones. Pero, lógicamente, estos intentos han fracasado porque el principio de inmanencia, sea cual sea el grado en que se acepte, repele de por sí el ser.

Y esta repulsión se nota en el planteamiento de los temas y en sus conclusiones, que van siendo diametralmente opuestas a las que se desprenden de la filosofía trascendente. Llamamos a la doctrina opuesta al principio de inmanencia metafísica del ser porque su oposición es de orden metafísico antes que egnoseológico, y es la metafísica el medio para combatir eficazmente el inmanentismo, origen de la mayor parte de los errores filosóficos de la filosofía de los últimos cinco siglos. Entonces, una vez que se corta la fuente del conocer, la experiencia de los sentidos, la duda afecta a todo el ser, incluso al propio, y lo único que queda es el acto de conciencia.

A partir del acto de conciencia se intenta recuperar la existencia del mundo exterior y de Dios por demostración, pero esa existencia queda muy comprometida y deformada. Empieza así la primera etapa de la filosofía de la inmanencia propiamente dicha. El final no puede ser otro que convertir el ser en algo absolutamente vano, carente de sentido.

Y las negaciones se suceden increchando, la muerte de Dios y después de ella la negación del hombre como persona subsistente, la negación de todo ente como sustancia, la disolución en el devenir, en el hacer sin finalidad, en la temporalidad. Así terminan hoy, de hecho, la mayor parte de los sistemas inmanentistas. Cuando algunos inmanentistas tratan de evitar conclusiones tan catastróficas y siguen intentando la afirmación del ser trascendente desde la inmanencia cognoscitiva, esos intentos, incluso salvando la buena voluntad, se han ido mostrando inconcluyentes y han muerto con sus mismos autores.

Y llegados a este punto, una pregunta se hace necesaria. ¿Es explicable el inmanentismo desde un punto de vista científico o desde un punto de partida recto y honrado? Vamos a contestar diciendo que el inmanentismo es por lo menos explicable y también posible. Y lo es porque el

hombre es por su inteligencia, en cualquier aspecto, todas las cosas.

Todo lo que es, precisamente porque el objeto de la inteligencia es el ser, todo lo que es, repetimos, puede caer de algún modo bajo su visión intelectual. De aquí que para él hay cierta convertibilidad entre lo que es y lo que el hombre conoce. Y así, por reflexión total, si quiere puede excluir de su consideración todo lo que no está presente en su conciencia.

Y del mismo modo, puede negar a lo que está presente, cualquier aspecto o entidad que no esté clara y distintamente presente. Por todo lo anterior, se deduce que el inmanentismo es una tentación racional y esto por una razón muy clara, y es que parece que ofrece una comprensión total de la realidad. Al comienzo, por lo menos, este sistema parece un proceso científico muy riguroso que pretende no dejar nada oscuro y no dejar nada incompletamente conocido.

Es un punto de partida honrado y es un punto de partida que, al menos en principio, parece acallar toda inquietud y satisfacer plenamente. Por otra parte, y también esto es atrayente para el hombre, el inmanentismo exalta el poder de la razón porque lleva al pensador a seguir en su conocer un proceso que es el mismo de la creación de las cosas. El hombre conoce según el modo divino de conocer, poniendo la realidad al conocerla, lo que es exclusivo de Dios.

Y caer en una tentación semejante es bastante atractivo para los seres racionales. Finalmente, el inmanentismo es una tentación de poder, el que da la desvinculación y la independencia más absoluta de los demás seres y, por supuesto, de Dios. La razón del hombre es explicación última y única de todas las cosas.

Hemos de terminar este punto diciendo que el inmanentismo no es, de ningún modo, ni histórica ni individualmente, una actitud natural o espontánea, sino que es una decisión adoptada por el hombre voluntariamente, sabiendo lo que se hace y a dónde le va a conducir. Desde el punto de vista de la metafísica, hemos de deducir que el hombre no tiene más remedio que derrocar el sentido mismo del ser si quiere mantenerse en el ámbito de lo que pone la razón al pensar. En último extremo, llegará a la nada, el no ser que sólo es en la razón.

Para el inmanentismo, el pensamiento se conoce como tal, luego ha de estar en acto, es decir, estará conociendo algo. El pensamiento anterior, en cuanto ya no es acto, ya no tendrá existencia y será inválido. Por su parte, el acto de pensar será posibilidad de la posibilidad, acción pura.

De aquí que todos los variados sistemas de pensamiento inmanentistas partan de un comienzo sin presupuestos. Y de aquí hay un paso para la vanificación del ser, la muerte de Dios, la negación del hombre como persona, es decir, la negación de todo ente como sustancia. Todo quedaría sumido en el devenir, en el hacerse, en la temporalidad.

Este es el final del camino que ha recorrido el inmanentismo y en este final de partida, descorazonado y catastrófico, se quedan casi todos los sistemas inmanentistas. Se exceptúan

algunos que se esfuerzan, sin conseguirlo, por salvar la afirmación de un ser trascendente a partir y desde la inmanencia cognoscitiva. Tales esfuerzos han tenido una vitalidad pasajera por la misma inconsistencia de su planteamiento.

De hecho, han muerto con sus autores. El inmanentismo y la metafísica. Las distintas filosofías inmanentistas están en contradicción con la metafísica del ser.

Y esta contradicción no es más o menos accidental, sino esencial, como iremos exponiendo. Primero, contradice el conocimiento espontáneo, lo que significa un grave riesgo para la vida de la fe y las costumbres. Segundo, la metafísica del ser tiene un punto clave, fundamento de todo pensamiento posterior.

Es la afirmación de un ser creador. Tercero, se instala en la duda o bien porque afirma la univocidad total, o bien porque se traslada al otro extremo y cree en la total equivocidad. Lo que nunca constituye el punto de mira del sistema inmanentista es el conocimiento analógico que, como se sabe, es vital para el razonamiento dentro de la teología natural.

Como consecuencia, se quiebra la fe primero y luego desaparece. Y, por último, consideran todas estas filosofías que los conceptos de ley moral, de pecado, de trasgresión, son conceptos relativos y, por lo tanto, no válidos. Finalidades y últimas consecuencias.

La influencia del inmanentismo a través de las distintas corrientes filosóficas se deriva de la vitalidad del principio en que se fundamenta. Este principio es el secreto de la llamada filosofía moderna. No es simplemente un error noseológico.

El principio de inmanencia se considera como principio radical del ser. La filosofía de los últimos siglos, fundamentada en este principio, que la metafísica del ser ya había denunciado, tiene un signo común. El de poner en un acto del hombre la raíz de toda la realidad.

O, al menos, la de una gran parte de la realidad. El giro de este sistema es copernicano en relación con el principio universalmente afirmado por la metafísica que ve en el *actus essendi* el acto radical y originario de cada ente. La consecuencia más demoledora de este principio ha sido el progresivo aumento de una conciencia del hombre como valor autónomo o libertad total.

El final ha sido un humanismo exacerbado que exige un ateísmo. La acción se ha hecho criterio supremo de verdad. Por lo tanto, lo que verdaderamente tiene interés es la técnica, el dominio de la materia.

La esperanza del hombre se vería satisfecha cuando esta materia estuviese elevada a valor supremo.